

# BOLETÍN BÍBLICO DEL NUEVO TESTAMENTO

## LA CRÍTICA TEXTUAL

Actualmente la crítica textual es el objeto preferente de los estudios neotestamentarios. Con laudable empeño, casi diría con verdadera obstinación, se buscan, editan y estudian nuevos códices del texto griego y de las versiones más antiguas; se reúnen, críticamente depurados, los textos bíblicos citados por los Padres y escritores eclesiásticos de los tres primeros siglos; se formulan y discuten las más variadas hipótesis en libros y en innumerables monografías; se hacen estudios minuciosísimos y pacientísimos sobre puntos particulares, y conforme a estos nuevos códices y a la luz de las teorías, se publican nuevas ediciones críticas del Nuevo Testamento. Dar alguna idea de este movimiento científico actual es el objeto de este Boletín. Alguna idea, decimos, porque dar idea completa no cabe en tan breve espacio. Procuraremos, con todo, en cuanto alcancemos, no omitir lo más principal.

Para mayor claridad, dividiremos este estudio en dos partes. En la primera daremos cuenta de los progresos, por así decir, materiales o documentales de la crítica textual. En la segunda estudiaremos los problemas que actualmente se discuten, o, mejor dicho, el gran problema del llamado texto occidental, de cuya solución depende toda la crítica textual del Nuevo Testamento y en particular el valor crítico de la Vulgata latina, y el juicio definitivo que hay que hacer sobre las ediciones críticas.

### I. PROGRESOS MATERIALES DE LA CRÍTICA TEXTUAL DEL NUEVO TESTAMENTO

#### I.—NUEVOS CÓDICES PUBLICADOS

Entre los códices griegos publicados merecen el primer lugar el códice Freer (W, e 014, 032) y el códice Koridethi (θ, e 050, 038). El

primero, adquirido en 1906 por Ch. L. Freer, ha sido publicado por H. A. Sanders (p. I, 1912; p. II, 1918). Copiado, a lo que parece, hacia fines del siglo IV o principios del V, de fragmentos diferentes, y corregido luego por cuatro grupos de correctores, ofrece un texto bastante desigual. Von Soden se limita a colocarlo, parte en el grupo *H* (Lc. y Io.) y parte en el grupo *I* (Mc.). Sanders precisa mucho más. Divide el manuscrito en seis partes (sin contar la adición posterior de Io. I, 1-5, 11), cada una de las cuales se compone de diferentes elementos diversamente combinados. Lo más importante de este manuscrito son los elementos occidentales, que forman como su base.

Más francamente occidental es todavía el códice Koridethi, hallado en la población del mismo nombre cerca de Tiflis y publicado en 1913 por G. Beermann y C. R. Gregory. Parece se escribió entre los siglos VII y IX.

Al lado de estos dos unciales merece mencionarse el minúsculo 1 (δ254), escrito hacia el siglo XII, publicado y estudiado por Kirsopp Lake en *Texte and Studies* (vol. VII, n. 3). Lo importante de este manuscrito, también de carácter occidental, es su afinidad con los minúsculos 118 (ε346), 131 (δ467) y 209 (δ457), con los cuales forma la llamada familia 1, que depende de un solo arquetipo. Con la familia 1 tienen también parentesco los minúsculos 22 (ε288), 28 (ε168), 565 (ε93) y 700 (ε133), y la numerosa familia de minúsculos llamada Ferrar, presidida por el códice 13 (ε368), llamada también por esto familia 13.

Todos estos códices, que, como dice galanaamente el P. Lagrange, forman como el estado mayor de la recensión *I* de von Soden, han sacado al famoso *Codex Bezae* (D) del aislamiento en que hasta ahora estaba, y constituyen un firme apoyo para el llamado texto occidental.

A los códices nuevos hay que agregar los fragmentos escritos en papiro (o también en pergamo), descubiertos recientemente en Egipto. Kenyon y Jacquier enumeran 19 de estos papiros. Pero en la *Patrologia Orientalis*, de Graffin-Nau, acaban de publicarse (Tom. XVIII, fasc. 3) 13 fragmentos, nueve de los cuales son nuevos. De éstos hemos estudiado detenidamente el 2.<sup>º</sup> (Luc. 22, 44-63), y hemos hallado que es enteramente occidental y casi idéntico al *Codex Bezae*: otro testimonio, del siglo IV, que confirma la antigüedad y extensión del texto occidental.

Con igual actividad se van publicando o reeditando los códices más importantes de las versiones más antiguas: latinas, siríacas y coptas.

Paralelamente se editan los códices de la *Vetus latina* en las dos colecciones: *Old-Latin Biblical Texts*, de Oxford, y la *Collectanea bíblica*, de los Padres Benedictinos. No es de menor interés la reconstitución de la versión africana del Nuevo Testamento en tiempo de San Cipriano (*Das lateinische Neue Testament in Afrika zur Zeit Cyprians nach Bibelhandschriften und Väterzeugnissen*), entresacada de los códices *k* (Bobiensis), *e* (Palatinus Vindobon.) y *h* (Claramontanus), y de las citas bíblicas de San Cipriano y de la literatura contemporánea, por Hans Freiherr von Soden (*Texte und Untersuchungen*, Band 33. Leipzig, 1909). Es también importantísima la edición mayor de la Vulgata latina que comenzaron ya en 1889 Wordsworth y White, y no está todavía terminada. Esperamos que será superada por la que están preparando los Padres Benedictinos, como ella ha superado las de Lachmann y Tischendorf.

De las dos versiones siríacas anteriores a la Peshitto, la *Curetoniana*, que había sido publicada en 1858 por el mismo Cureton, ha sido espléndidamente reeditada en 1904 por F. Crawford Burkitt; y la *Sinaitica*, hallada por Mrs. Agnes Smith Lewis en 1892 y publicada por primera vez incompletamente en 1894, ha sido reeditada definitivamente por la misma Smith Lewis en 1910.

Horner ha publicado las dos principales versiones coptas: la *Bhairica* desde 1898 a 1905, y la *Sahidica* en 1911, 1920 y 1922. A estas dos hay que añadir otras tres fragmentarias: la *Achmímica*, de la cual hace unos dos años se ha hallado un códice que contiene el Evangelio de San Juan; la *Fayúmica* y la *Memfitica*. A. Vaschalde ha catalogado en *Revue Biblique* (1920-1922) todo lo que hasta ahora se ha publicado de las versiones coptas.

## 2.—CITAS BÍBLICAS DE LOS PADRES

Son de capital interés para la crítica textual las citas bíblicas de los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos. Pero hasta ahora era difícilísimo utilizar estas citas, por dos razones. Primeramente estas citas se hallan esparcidas acá y allá, y era menester recogerlas. En segundo lugar, en las ediciones que corrían,

con mucha frecuencia, en vez del texto genuino usado por el Santo Padre, se había introducido otro, por ejemplo, el de la Vulgata en los Padres latinos; urgía, pues, hacer ediciones críticas de sus obras. En este sentido, las dos ediciones críticas, la de Berlín para los Padres griegos, y la de Viena para los Padres latinos, han allanado en gran parte esta segunda dificultad. Para vencer la primera se han publicado varias monografías interesantísimas en que se hallan recogidas las citas bíblicas de varios Padres antiguos. Las más importantes, de que tenemos noticia, son: *Clement of Alexandria's Biblical Text collected and edited by P. M. Barnard (Texte and Studies, vol. V, n. 5. Cambridge, 1899); Die Evangelienzitate des Origenes, von Ernst Hautsch (Texte und Untersuchungen, Band 34, Heft 2a. Leipzig, 1909); S. Ephraim's Quotations from the Gospels... by F. Crawford Burkitt (Texte and Studies, vol. VII, 3. Cambridge, 1905)*. A todas estas colecciones excede en importancia, por muchos conceptos, la de los textos del N. T. citados por San Ireneo, que se ha publicado últimamente: *Novum Testamentum Sancti Irenaei Episcopi Lugdunensis... by the late William Sanday and Cuthbert Hamilton Turner... (Oxford, 1923. Old-Latin Biblical Texts: No. VII.)* La importancia excepcional de esta publicación exige que demos de ella cuenta más particular. Dejando otras cosas secundarias, consta la obra de tres partes: cinco capítulos introductorios, la colección ordenada de los textos del N. T. citados por San Ireneo, y seis apéndices. He aquí los títulos de los cinco capítulos introductorios: I. *Los MSS. de San Ireneo*, por W. Sanday; II. *¿Usó Tertuliano la versión latina de San Ireneo?*, por F. J. A. Hort; III. *Fecha del Ireneo latino*, por W. Sanday; IV. *Fecha y país del traductor latino de San Ireneo*, por A. Souter; V. *El texto del N. T. de San Ireneo*, por A. Souter. Sigue el cuerpo de la obra, en que Sanday ha utilizado las seis ediciones que existen del libro *Adversus haereses*, de San Ireneo, sin atenerse a ninguna de ellas, y además los manuscritos que se conservan. Avalora la obra la colación esmeradísima con los principales códices de la *Vetus latina* y con San Cipriano, Tertuliano y otros escritores antiquísimos. Siguen los seis Apéndices. He aquí los títulos: I. *Additamenta ad Evangelia et Acta Apostolorum*, de C. H. Turner; II. *De Epistula ad Hebreos*, de C. H. Turner; III. *Excerpta ex Origenis in Apocalypsim scholiis*, del mismo Turner; IV. *Notes, Additions and Corrections to the Text of the Gospels and Acts*,

también de Turner; V. *Citations of the New Testament in the old Armenian Version of Irenaeus Adversus haereses IV, V*, de F. C. Conybeare; VI. *Schedule of variants in the Armenian Version of Books IV and V*, por J. Armitage Robinson. Sobre el valor y el carácter de las citas neotestamentarias de San Ireneo, dos cosas solamente, entre las muchas que pudieran decirse, indicaremos. Primera: aunque la mayoría de los textos bíblicos del santo Obispo de Lyon sólo se conservan en la versión latina, con todo la comparación con los pocos textos griegos que han podido reunirse y con la versión armenia recientemente descubierta, manifiesta que la fidelidad del traductor fué suficiente para poder colegir de ella cuál fué el texto de San Ireneo. Segunda: gracias a este texto es ya posible, como advierte el P. Lagrange (*Revue Biblique*, 1924, 263), obtener «una forma antigua y más pura del texto que el *Codex Bezae* representa todavía, a pesar de sus múltiples contaminaciones», esto es, del texto llamado *Occidental*. Conocer mejor el texto occidental y saber que es el texto de San Ireneo en el siglo II, es un dato de capital importancia para la crítica textual del N. T. Y también lo es para apreciar la hipótesis de von Soden y Vogels sobre el influjo de Taciano en el texto, principalmente occidental, del N. T. Atinadamente observa el mismo P. Lagrange: «Y pues se nos remite a la historia, bastará recordar que el *Diatessaron* no pudo ser muy anterior al año 172, ni el *contra Haereses*, de San Ireneo, posterior a 180. *Sapienti sat est.*» (Ib., 265.)

Marción no es ningún Santo Padre. Pero, aun así, su texto del N. T., si bien mutilado, puede ser utilísimo a la crítica textual. Y lo es, bajo muchos conceptos. En este sentido, será en adelante un instrumento indispensable para la crítica del texto neotestamentario el libro que hace cuatro años publicó A. Harnack con el título de *Marcion: Das Evangelium vom fremden Gott* (El Evangelio del Dios extranjero). (Leipzig, 1921. *Texte und Untersuchungen*, Band 45.) En él ha recogido Harnack todos los fragmentos dispersos del *Apostolicon* (Epístolas de San Pablo) y del *Evangelium* (de San Lucas), de que se servía el heresiárca. Reconstituido así en gran parte el texto de San Lucas y de San Pablo, y depurado de las correcciones tendenciosas del hereje, tenemos otro punto de apoyo para la crítica textual. Dos cosas conviene advertir sobre el texto de Marción. Primeramente, es occidental. En segundo lugar, ofrece muchas

*harmonizaciones* con los otros Evangelios, que él, sin embargo, rechazaba. Harnack estudia estas harmonizaciones, como ya lo había hecho dom Chapman (*Revue Benedictine*, 1912, 233-252), que enumera casi un centenar. Se pregunta, pues: ¿estas harmonizaciones, las encontró ya Marción hechas, o bien las hizo él, y luego de él pasaron al texto occidental? De la solución de este problema depende, en gran parte, el valor de este texto, que es hoy día el gran enigma de la crítica textual del N. T. Algo habremos de decir después sobre este punto; pero entre tanto, advertiremos que, a nuestro juicio, la existencia de tantas harmonizaciones en Marción, bastante anterior a Taciano, desvirtúa notablemente la hipótesis de von Soden sobre la influencia de Taciano en el texto del N. T.

Y ya que de Taciano hablamos, convendrá reseñar aquí los elementos hasta ahora descubiertos para reconstituir con la mayor exactitud el enigmático *Diatessaron*, de cuyo conocimiento depende, en gran parte, la solución del problema que presenta el texto occidental, y, consiguientemente, toda la crítica textual del N. T.

En 1876, G. Moesinger publicó la *Evangelii Concordantis exposition facta a Sancto Ephraemo Doctore Syro, in latinum translata a R. P. I. B. Aucher Mechitarista*. Esta traducción tiene el doble inconveniente de ser traducción mediata, pues entre ella y el original siríaco está la versión armenia, de la cual procede la latina; y además, de no contener completo el *Diatessaron*, pues sólo fragmentos sueltos comentó San Efrén. Aun así, esta versión latina es hasta ahora el principal representante del *Diatessaron*. H. Hill y Armitage Robinson recogieron y tradujeron al inglés los fragmentos del *Diatessaron* esparcidos en los comentarios de San Efrén (Edinburgh, 1895).

En las Homilías o Demostraciones de Afraates (edición de Parisot, en la *Patrologia syriaca* de Graffin, tom. I-II. París, 1984 y 1907) se hallan también numerosos fragmentos del *Diatessaron*.

Valiéndose de las citas de Afraates y de San Efrén, Zahn intentó prematuramente reconstruir la obra de Taciano (Erlangen, 1881).

El *Diatessaron* completo, aunque de una manera muy imperfecta, por lo que toca a la crítica textual, era ya conocido en su versión, o, mejor dicho, refundición latina, contenida en el *Codex Fuldensis*; en el cual, además de los cambios introducidos en la combinación de los pasajes evangélicos, se sustituyó el texto de Taciano por la traducción de San Jerónimo. Se publicó en 1866 en la *Patrologia latina* de

Migne (68, 251-358). Dos años más tarde lo publicó E. Ranke (Marburg, 1868). Se acerca mucho más al original la edición del Cardenal Ciasca, *Tatiani Evangeliorum Harmoniae arabice*, publicada en árabe y latín (Roma, 1888). Los dos manuscritos árabes, el Vaticano (A) del siglo XII y el Borgiano (B) del XIV, utilizados por Ciasca, representan la versión hecha por un nestoriano del siglo XI del original siríaco. Por esto, aun dejando aparte las infidelidades de la traducción, es muy dudoso que el original siríaco en los nueve siglos que llevaba de existencia, se hubiera conservado sin alteraciones. ¿Quién nos asegura que no se sustituyó o no se contaminó el texto original con las versiones siríacas entonces dominantes, principalmente con la Peshitto, como hizo Víctor de Capua al traducirlo al latín? Por lo demás, notan los peritos que la traducción latina de Ciasca no siempre representa exactamente la versión arábiga. Parecen mejores las traducciones inglesas hechas por Hope W. Hogg (Edinburgh, 1896) y por Hamlyn Hill (Edinburgh, 2.<sup>a</sup> ed. 1911).

Posteriormente, los PP. Jesuítas de Beyruth descubrieron algunas hojas sueltas de la versión arábiga de Taciano (*Die Beiruter Fragmente*, herausgegeben und übersetzt von Dr. Georg Graf, en *Biblische Studien*, XVII, 2, 1912).

Creen algunos haberse hallado cinco fragmentos siríacos del *Diatessaron* en un leccionario del convento siro de Jerusalén (*Traces of the Diatessaron of Tatian in Harklean Syriac Lectionary*, en el *Journal of biblical Literature*, t. 24, pag. 179. New York). Por lo menos, estos fragmentos ofrecen sorprendente semejanza con el *Diatessaron* árabe.

Más numerosos y seguros son los pasajes del *Diatessaron* conservados en los Comentarios de Isho'dad de Merv, publicados y traducidos por Mrs. Dunlop Gibson: *The Commentaries of Isho'dad of Merv, bishop of Hadatha* (c. 850), in syriac and english, 3 vol. (Cambridge, 1911).

En 1919, Vogels daba noticia de dos manuscritos latinos de Munich (probablemente del siglo XIV), que contienen una harmonía evangélica análoga a la del *Codex Fuldensis*. El texto de los dos nuevos manuscritos (A, D), aunque sustancialmente es el de San Jerónimo, ofrece, no obstante, un buen número de lecciones de la *Vetus latina*.

Por fin, en 1923, D. Plooij daba cuenta de un *Diatessaron* holandés: *A primitive Text of the Diatessaron: The Liège ms. of a me-*

diaeval Dutch Translation, a preliminary Study by Dr. D. Plooij with an Introductory note by J. Rendel Harris (Leyden, Sijthoff, 1923). Es una traducción en antiguo alemán hecha sobre una versión latina. Su interés está, principalmente, en su independencia respecto de la *Harmonia* de Víctor de Capua, y en que el texto del modelo latino es en sustancia el de la *Vetus latina*, de tipo europeo, según Burkitt; más parecido a *b* (*Veronensis*, de tipo europeo), que a *q* (*Monacensis*, de tipo italiano).

Sería de desear que todos esos elementos dispersos se reuniesen y con ellos se intentase una reconstitución de la obra de Taciano.

### 3.—LAS EDICIONES CRÍTICAS DE VON SODEN Y VOGELS

Con más razón que de la edición de Westcott-Hort puede decirse que la edición de H. von Soden ha formado época en la crítica textual del N. T. En esta obra colossal podrán notarse lunares, deficiencias, errores de pormenor; podrán discutirse y aun desecharse los principios en que está basada; podrá impugnarse su sistema de notación, pero lo que no puede negarse, ni nadie ha negado, es la grandeza misma de la obra, donde se han acumulado materiales inmensos, en gran parte nuevos. Precedida de una voluminosísima introducción (I Teil) de 2.203 páginas, apareció, finalmente, en 1913 (II Teil). Después hablaremos del texto y de su valor; ahora nos limitaremos a su presentación externa, esto es, al aparato crítico que acompaña al texto.

Lo primero que en él llama la atención es su sistema de notación. Partiendo de la hipótesis de que todos los textos existentes del N. T. son fruto de una de tres recensiones hechas a principios del siglo IV en Antioquía, Cesarea y Alejandría, los distribuye en tres grupos, que designa con las siglas *K*, *I*, *H*, primeras letras de los nombres Κονι, *Ierosolyma* y *Hesiquio*. La *K*, por tanto, designa el texto común, siro o bizantino; la *I*, el llamado texto occidental, que él supone nacido en Palestina; la *H*, engloba los dos tipos que Westcott y Hort apellidaron neutro y alejandrino, que von Soden supone proceder de Egipto. Prescindiendo de las circunstancias, aquí ciertamente capitales, de lugar, tiempo y personas, no habría dificultad en tomar esta distribución ternaria como base de la notación. Pero esta indicación general no basta a von Soden.

El grupo *I* está subdividido en 11 sub-grupos, que se distinguen con las siglas  $\alpha$ ,  $\eta$ ,  $\iota$ ,  $\varphi$ ,  $\beta$ ,  $\sigma$ ,  $\pi$ ,  $\sigma$ ,  $x$ ,  $r$ ,  $|$ . Más aún: cinco de estos sub-grupos se vuelven a subdividir en dos, tres y hasta cuatro tipos diferentes, designados con los exponentes a, b, c, r. Con esta notación acumulada tenemos indudablemente la ventaja de conocer exactamente el carácter o tipo del códice que se cita; pero ¿no bastaba para esto indicarlo al principio de una vez para siempre, en vez de repetirlo *toties quoties*, recargando con esto extraordinariamente el aparato crítico? Pero aumenta la complicación, en cuanto añade luego von Soden una de las tres letras griegas  $\delta$ ,  $\epsilon$ ,  $\alpha$ , primeras de las tres palabras  $\delta\alpha\delta\chi\eta$ ,  $\epsilon\nu\alpha\gamma\epsilon\lambda\iota\omega$ ,  $\alpha\pi\circ\sigma\tau\omega\omega\zeta$ , que indican el contenido del manuscrito. Siguen, por fin, los números, que sirven no sólo para catalogar o clasificar los manuscritos, sino también para indicar la época en que fueron copiados y aun para completar la indicación de su contenido, que las tres letras  $\delta$ ,  $\epsilon$ ,  $\alpha$ , dejan con frecuencia incierto. De todo esto resulta una notación complicadísima. Así, por ejemplo, en vez de las siglas sencillas A, M, I, 13, tenemos esas otras largas y complejas:

$I\alpha^a\delta 4 (= A)$ ,  $I\varphi^r\epsilon 72 (= M)$ ,  $I\eta^a\delta 254 (= I)$ ,  $I\iota^c\epsilon 388 (= 13)$ .

Esa complicación llena mucho espacio. Para ahorrarle, apela von Soden a un recurso erizado de dificultades. Al consignar las variantes, en vez de enumerar distintamente las dos series de códices que testifican en pro y en contra de la lección discutida, sólo enumera una de ellas, que además es ordinariamente la que testifica en contra de la variante por él adoptada. Con esta enumeración de testigos negativos, no sabemos en definitiva cuál es el apoyo de la variante preferida. Verdad es que en la introducción (y en hoja impresa aparte, que sirve como de registro) nos da la lista de los códices citados en el aparato; con lo cual parece indicar que todos los demás códices de la lista no mencionados en cada caso particular tienen la variante contraria. Pero esto no resuelve la dificultad. Porque, sin contar el trabajo de recorrer en cada caso la lista, varios de los códices sólo se utilizan parcialmente, y, sobre todo, muchos de ellos tienen numerosas lagunas; y entonces hay que verificar en cada caso si el códice no mencionado tiene o no aquel pasaje de que se trata, para saber en definitiva si favorece o no la variante contraria. Y si al menos, estuviésemos seguros de que en el aparato no hay omisiones y erratas, tan fáciles en un sistema de notación tan complicado... De hecho, los críticos han descubierto en el aparato muchas de esas omisiones y erra-

tas; y nosotros mismos sin habernos tomado el trabajo especial de verificar la exactitud del aparato hemos hallado varias. Cuánto mejor no hubiera sido suprimir todo ese lujo complicadísimo de la notación para ganar espacio que emplear en la enumeración distinta de los códices que atestiguan cada una de las lecciones controvertidas.

Otra particularidad ofrece el aparato de von Soden, y es que está dividido en tres series. En la primera (que no siempre ocurre) se consignan las variantes que pudiéramos llamar alternantes, que él considera de valor poco inferior al de la lección adoptada. En la segunda se contienen las variantes, que, sin poder competir (a juicio del crítico) con la lección preferida, no carecen con todo de probabilidad. En la tercera, por fin, se aglomeran otras variantes, que no tienen otro interés que el histórico,

Finalmente será interesante advertir que la notación de von Soden, combinando las de Westcott-Hort y Tischendorf, es a la vez familiar e individual. Tischendorf, prescindiendo de familias, enumera los códices individualmente. Westcott y Hort, al contrario, se contentan con frecuencia con la indicación de «western» o «syrian», para calificar o descalificar la variante que rechazan. Von Soden, en cambio, como hemos visto, combina las dos maneras.

Más modesta, aunque, como veremos, no de menos valor que la de von Soden, es la reciente edición de H. J. Vogels. Publicada en 1920, se reeditó, con ligeras modificaciones en el texto y algunas más en el aparato, en 1922. Es edición no ecléctica, como la de Nestle o Weymouth, sino personal, basada en el estudio directo de los códices. Ciñéndonos ahora al aparato, notaremos en primer lugar que Vogels ha vuelto a la notación de Tischendorf, tanto en las siglas de los códices como en prescindir de su agrupación en familias. En lo que no le ha seguido es en el sistema negativo de notación, cayendo en los inconvenientes que hemos señalado en von Soden. En vez de decirnos en qué testimonios apoya la variante preferida, nos da simplemente los que contienen la variante rechazada; con lo cual, por ser su aparato menos abundante que el de von Soden, con más razón todavía nos quedamos a oscuras sobre la documentación que acredita la variante del texto. Otro carácter de su aparato: que más que crítico (en el sentido propio de la palabra), es histórico; más que elementos de juicio para dirigirse en la apreciación crítica del valor de las variantes, nos da elementos para conocer la historia del texto.

Por eso los testimonios preferentemente aducidos son los del texto occidental en su sentido estricto: el *Codex Bezae* con su hermano mayor, el *Codex Freer* (W), y su hermano menor, el Koridethi (Θ) (según la pintoresca expresión del P. Lagrange), y las antiguas versiones latinas y siríacas. Dado su sistema, en su segunda edición, para atenerse a la justa observación que se le hizo en las críticas de su obra, hubo de completar las citas de W e introducir las de Θ. Este mismo sistema histórico le lleva a consignar variantes insignificantes y de ningún valor, omitiendo en cambio otras muy importantes. Citaremos un caso concreto. En Mt. 4, 3, al lado de la variante «accedens *ad eum* tentator dixit» que Vogels adopta, siguiendo a Von Soden, está la otra mucho más probable, «accedens tentator dixit *ei*» de la Vulgata, a quien siguen Tregelles, Alford, Tischendorf, Westcott-Hort, Weiss, Weymouth, Nestle, Souter, Lagrange. Pues bien: Vogels, además de rechazar la variante más probable, ni siquiera la menciona en el aparato: en su lugar nos da la variante aglomerada «accessit *ad eum* qui temptabat et dixit *ei*» del *Codex Bezae* y de algunas versiones latinas y siríacas, que es a todas luces secundaria. Entre las varias erratas que hemos notado, la más importante es la referente a Mt., 11,19, donde dice: εργον] τεκνον Β 124, lo cual quiere significar que los tres códices citados tienen la variante τεκνον en vez de εργον preferido en el texto, cuando es todo lo contrario.

A estas dos ediciones es justo agregar la que nos da el P. Lagrange en sus Comentarios sobre la Epístola a los Gálatas, San Lucas y San Mateo. Aunque él dice modestamente en cierto lugar (*Revue Biblique*, 1920, pág. 323) que «no siendo especialista de la crítica textual, pensaba contentarse con una especie de eclecticismo exegético que oscilase entre Hort y von Soden», es lo cierto que el texto que adopta es excelente, y su eclecticismo, si así puede llamarse, no es el mecánico de Nestle. De hecho, vemos que muchas veces no duda en apartarse de Westcott-Hort y de von Soden, siempre que los documentos le convencen de lo contrario.

Es también digno de mención y de alabanza el texto del Apocalipsis adoptado por el P. E.-B. Allo, O. P., para su magnífico comentario (París, 1921).

Tal es el progreso documental de la crítica textual del N. T. Resta ahora examinar las principales hipótesis que se han formulado sobre el valor de estos documentos, todas las cuales directa o indi-

rectamente, tratan de explicar y resolver el problema culminante del texto occidental. Examinadas estas hipótesis, podremos más seguramente apreciar el valor de las ediciones críticas y aquilar el que se merece la Vulgata latina.

JOSÉ M. BOVER.

(Se concluirá.)

## APÉNDICE

### SIGLAS USADAS POR VOGELS EN LOS EVANGELIOS, CLASIFICADAS POR FAMILIAS

Creemos podrá ser provechoso a los que manejan la edición del N. T. de Vogels (y también a los que manejen otras ediciones), tener delante la correspondencia de las siglas ordinarias con las empleadas por von Soden, para apreciar el valor de las autoridades citadas en favor de una variante, el cual puede depender, más que del número, de su calidad y de su mutua independencia, por pertenecer a distintas familias. Presentamos solamente las siglas correspondientes a los manuscritos de los Evangelios utilizados por Vogels. Sabido es que H, I, K, representan, respectivamente, las tres familias alejandrina, occidental y bizantina. Los exponentes añadidos a estas letras indican los diferentes grupos en que se divide la familia.

N (δ2)	H	S (ε1027)	K <sup>1</sup>	1 (δ254)	I <sub>η</sub>
A (δ4)	I <sub>z</sub>	T (ε5)	H	13 (ε368)	I <sub>t</sub>
B (δ1)	H	U (ε90)	I <sub>o</sub>	28 (ε168)	I <sub>σ</sub>
C (δ3)	H	W (ε014)	H (Lc I <sub>o</sub> ), I <sub>α</sub> (Mc)	33 (δ48)	H
D (δ5)	I <sub>α</sub>	X (A <sup>3</sup> )		69 (δ505)	I <sub>t</sub>
E (ε55)	Ki	Y (ε073)	K <sup>a</sup>	124 (ε1211)	I <sub>t</sub>
F (ε86)	Ki	Z (ε26)	H	157 (ε207)	I <sub>σ</sub>
G (ε87)	Ki	Γ (ε70)	I <sup>1</sup>	213 (ε129)	I <sub>o</sub>
H (ε88)	Ki	Δ (ε76)	H	346 (ε226)	I <sub>t</sub>
K (ε71)	I <sub>z</sub>	Θ (ε050)	I <sub>α</sub>	472 (ε1386)	I <sup>1</sup>
L (ε56)	H	Λ (ε77)	I <sub>r</sub>	543 (ε257)	I <sub>t</sub>
M (ε72)	I <sub>φ</sub>	Ξ (A <sup>1</sup> )		565 (ε93)	I <sub>α</sub>
N (ε19)	I <sub>π</sub>	Η (ε73)	I <sub>z</sub>	579 (ε376)	H
P (ε33)	I	Σ (ε18)	I <sub>π</sub>	700 (ε133)	I <sub>α</sub>
Q (ε4)	H (I <sub>o</sub> ), I (Lc)	Φ (ε17)	I <sub>π</sub>	713 (ε351)	I <sub>σ</sub>
R (ε22)	I	Ψ (δ6)	H	1241 (δ371)	H